

# DE LA MENDACIDAD VIGENTE

(*"Gaceta Gráfica"*) 6 mayo 1921



dría, en pro de la mendacidad española, sino como demostrativo de la falta de memoria de nuestro público. Y no creemos que sea así.

El pueblo, en efecto, sabe que se le miente oficialmente; pero se resigna pacientísimamente a ello con un «Y qué se le va a hacer!» El pueblo, que ha forjado el terrible modismo de «miente más que la *Gaceta*», estima inevitable que las autoridades traten de encubrir y defender su notoria debilidad, su falta de autoridad—; autoridades sin autoridad!—, mintiendo. Y se encoge de hombros ante la mentira autoritaria.

No hace mucho que en un Parlamento extranjero, pero de lengua española, en uno de los Parlamentos de una de las Repúblicas suramericanas, al discutirse un mensaje de condolencia que había de enviarse a nuestro reino, dijo uno de los diputados que en España, hoy, los crímenes de los gobernados corresponden a crímenes de los gobernantes. La expresión parecerá aquí, sin duda, sobrado recia; pero dejando aparte otras consideraciones, como cabe considerar que la mentira sistemática es algo criminal, justifícase, siquiera en parte, aquélla.

Schopenhauer, gran admirador del espíritu español, y que veía en nosotros, los españoles, muy genuinos representantes de la pura voluntad—más bien, de la gana, de la santísima gana, de la real gana—, y que nos elogiaba por haber descubierto de dónde salen las voliciones enérgicas y poco ó nada inteligentes; Schopenhauer defendía el uso, como de ser arma de defensa, de la mentira. Defensa del débil, claro. Del débil de fuerza física, de fuerza moral y de fuerza intelectual. La mentira es el arma de la inteligencia pobre.

La frase de «miente más que la *Gaceta*» puede muy bien substituirse con esta otra: «Miente más que un ministro en las Cortes.» Que si á nuestros estudiantes no se les reci-

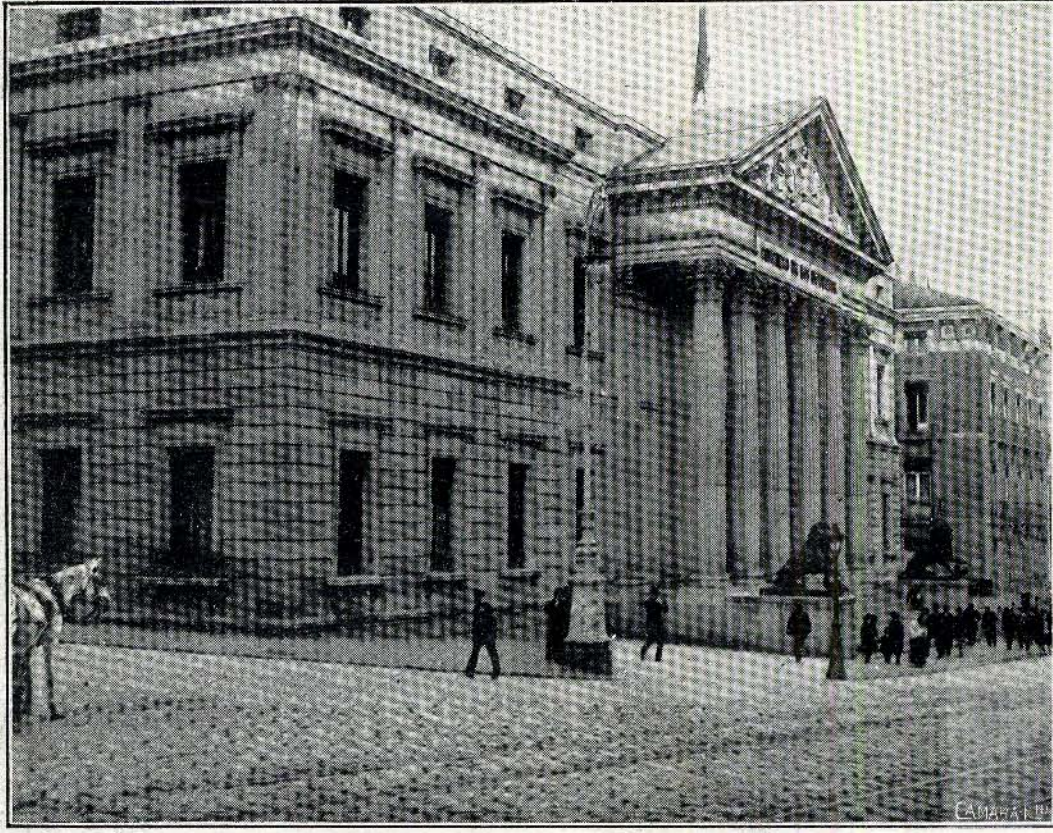
bía hace años en algunas casas de pensión de Lieja, y no se les recibía por embusteros, es fácil que en ciertos Parlamentos de la Europa civilizada—en el inglés, sobre todo— no se les admitiera á nuestros hombres políticos españoles, y por la misma razón.

Muchas veces hemos expuesto la diferencia que va de la tiranía ó régimen de violencia, de fuerza sin razón, de injusticia paladina y declarada, de «porque me da la santísima real gana», al despotismo ó régimen de clandestinidad y engaño, de razón secreta, de mentira, en fin. Y aquí, en este reino de España, ha prendido siempre más el despotismo que la tiranía, más el encubrimiento que la violencia. Nuestras autoridades sin autoridad han solido apoyarse en la mentira. Ni se recuerda caso de una de esas autoridades que haya confesado su culpa, sino que siempre, siempre, siempre se disculpan con mentiras. Las autoridades sin autoridad mienten como bellacos. Y aquí el lector algo versado en nuestra historia de los tristes años de 1885 á 1898 recordará cómo Sagasta le inculcó de *bellaquería* á Cánovas del Castillo cuando la famosa *crisis del balcón*, de Mayo de 1897. Y eso que la mentira de Cánovas fué una mentira convencional. Pero éstas son las peores. Las peores mentiras son las convencionales. Son las que más y mejor acusan la bochornosa debilidad de quien las emplea, su falta de autoridad.

Muchas veces hemos opuesto al principio de autoridad, que no sabemos si es el orden, la fuerza ó la mentira, el fin de aquélla, el fin de autoridad, su finalidad, que es la Justicia. Y la Justicia es el orden constituyente, no el constituido. Y la Justicia es, sobre todo y ante todo, la verdad. Dicen los juristas que Justicia es dar á cada uno lo suyo, y agregaremos: y la verdad á todos. Justicia es dar á cada cual lo suyo y á todos, al público, la verdad, que de todos—*res pública*— debe ser. Y esta es, á la vez, la *republicidad*.

Pocas cosas nos han producido más profunda pena; pocas han herido más en lo hondo nuestra españolidad, nuestro sentimiento de la patria que nos deparó el Destino, que lo que una vez oímos á un compatriota que volvía de una excursión por la Europa civilizada. Y fué que nos dijo que en Lieja (Bélgica) se encontró con algunas casas de huéspedes para estudiantes en que se advertía que no se recibía ni á griegos ni á españoles. Incluyendo entre éstos á todos los de países de lengua española, que allí no los distinguen entre sí. Y al preguntar nuestro amigo la razón de esa repulsa, oyó con grandísimo pesar que se le decía: «¡Por embusteros!» A los jóvenes españoles y á los griegos se les inculpa de mendacidad. Y aunque ésta sea un vicio que arraiga, más ó menos, en todos los pueblos, algo habrá cuando se le cuélgas más especialmente al nuestro.

Recordamos este triste caso al leer hace poco en el libro de D. Gabriel Maura Gamazo, *Carlos II y su Corte*, esto: «La facilidad con que los hombres políticos españoles de todos los siglos y bajo todos los regímenes han falseado en documentos públicos hechos notorios y recientes... etc.» Sólo que el señor Maura Gamazo no aduce eso, como po-



En este Congreso es tal vez en el lugar de España donde la mendacidad tiene mejor acogida. Unamuno dice en este artículo que á muchos de los hombres que en ese edificio tienen su escaño «es fácil que en ciertos Parlamentos de la Europa civilizada—en el inglés, sobre todo— no se les admitiera, y por la misma razón que á nuestros estudiantes no se les recibía en algunas casas de pensión de Lieja: por embusteros...»

Un régimen de publicidad es un régimen de ilimitado respeto á la verdad.

Si en una patria hay dignidad civil pública no se tolera á ninguna persona constituida en autoridad que falte al fin de ésta de la manera más grave que cabe faltar á él, y es faltando á la verdad.

El español por obra del Destino que escribe esto cree que los actos de salvajería á que está llevando la desesperación á no pocos desgraciados compatriotas suyos tienen su última raíz en la mendacidad de las autoridades constituidas, en el ningún respeto que á la verdad tienen nuestros gobernantes.

Miguel de Unamuno